

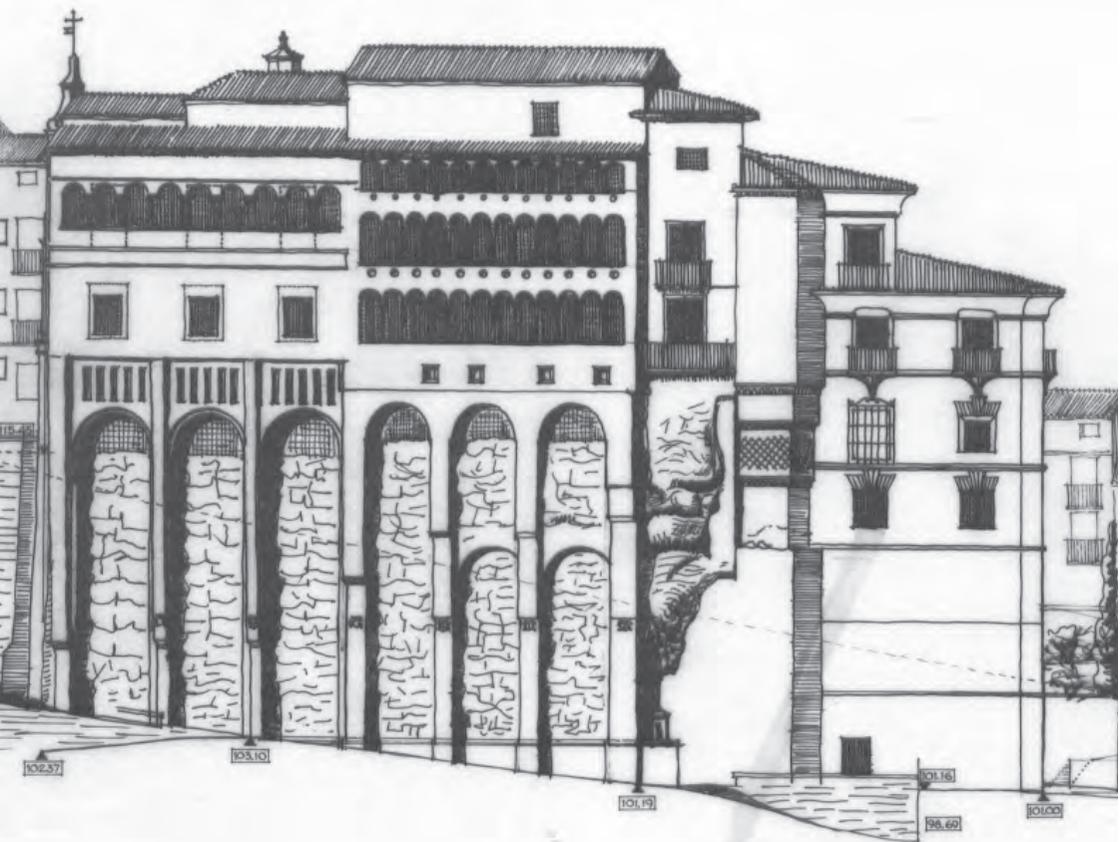
Ramiro Moya Blanco

| LUIS MOYA GONZÁLEZ

Ramiro Moya procede de una familia caracterizada por un buen número de miembros técnicos dedicados a la construcción y con marcado sentido historicista, es decir entendiendo la historia como un instrumento y una base de la que partir para interpretarla con la intuición y conocimiento que dan la experiencia y el estudio. La primera parte de su vida está vinculada a un Barrio de Salamanca habitado por una burguesía media ilustrada, con técnicos y funcionarios, como la suya, que a finales del S XIX buscaban una casa de alquiler en la nueva ciudad, como era el Ensanche, para salir del congestionado casco histórico. Nació en la calle Villanueva 31, y más tarde la familia se trasladó al número 26, (llamada “la casa de los 7 arquitectos” por Carlos de Miguel, habitante también de la misma y autor del libro “El barrio de Salamanca en el recuerdo” 1981), y fue al colegio del barrio, El Pilar, primero en Goya y luego en Castelló. Al terminar la carrera trabajó en el Estudio de Velazquez 100 de su hermano mayor Luis, hasta que este se trasladó a su nueva casa y estudio de Lagasca en 1947. Ramiro se quedó a vivir en Velazquez con mi familia cuando Luis se la dejó a su hermano Juan, hasta que se casó en 1962. Esta casa es uno de los mejores edificios de viviendas de Antonio Palacios, pues se acomoda al programa y los gustos de la burguesía de entonces, aportando innovación en la distribución, composición de la fachada y materiales¹. Ramiro ocupó una de las habitaciones que daban al bulevar, al que pintó en varias estaciones y horas del día diferentes.

En el marco de finales del siglo XIX y principios del XX, que es cuando se forma el núcleo que tratamos, este planteamiento da como resultado una fácil identificación con la arquitectura clásica, conocimiento de los materiales, construcción artesanal y proyectos de obras eclécticas. Ramiro es hijo de Luis Moya, ingeniero de caminos, autor entre otras obras del Deposito del Canal de Isabel II en Sta Engracia, de claro sabor historicista. Su tío Juan Moya, además de ser arquitecto conservador del Palacio Real,

¹ La he descrito en “Las Casas de Luis Moya Blanco”, en el libro *Luis Moya Blanco: arquitecto 1904-1990*. Madrid: Ed. Electa 2000.



con residencia en el mismo, es autor de la Casa del Cura de la Iglesia de San José, compuesta en consonancia con este edificio de Pedro Ribera del siglo XVIII, coautor del Seminario Conciliar de las Vistillas, de estilo neomudejar, y autor de la réplica de la ermita de San Antonio de la Florida de Francisco Fontana. Su primo Emilio Moya era un experto restaurador de edificios históricos, como el Museo de Esculturas Policromadas de Valladolid, además de Catedrático de Historia de la Escuela de Arquitectura de Madrid y Director de la Academia de España en Roma. Su hermano Luis Moya es considerado uno de los últimos arquitectos clásicos del panorama español (tratado en esta publicación por Javier García-Gutiérrez Mosteiro).

Ramiro, como su hermano Luis y otros miembros de la familia, experimenta simultáneamente la influencia de las corrientes pictóricas de la época, junto con el tratamiento de los temas y la paleta de colores del singular Gutiérrez Solana, tío materno, lo cual se refleja en sus cuadros y dibujos que desarrolla como pura afición. Se puede decir que la formación infantil y juvenil de los hermanos Moya se apoya en el dibujo, la física y las matemáticas, resultando esta última una de sus grandes pasiones a la que dedica gran parte del tiempo libre. La combinación de las materias mencionadas le conduce a desarrollar alguna invenciones, como un innovador modelo de persiana y un aparcamiento carrusel de automóviles que propone para un solar junto a la Plaza de España, a principios de los años 60.

Comienza en los años 40 restaurando espacios públicos en ciudades históricas como Úbeda y Segovia, y poco después trabaja junto a Luis, primero en la Universidad Laboral de Zamora y más tarde en la de Gijón. En ellas desarrolla personalmente partes identificables como son los talleres de la de Gijón. Pero es a partir de su entrada en la Dirección General de Arquitectura, del Ministerio de la Vivienda, cuando se dedica exclusivamente a la restauración de monumentos de toda España, entre los cuales se encuentran algunos tan destacables como la Catedral de Valencia, Vitoria y Tortosa, el Monasterio de la Encarnación en Ávila, la Iglesia de la Magdalena en Zaragoza, las casas colgadas de Frías en Burgos, la Plaza de Toros de Ronda, y en Madrid la Iglesia del Carmen, el Palacio de Viana y la Cartuja del Pualar.

PLANTA.
Escala: 1/500.

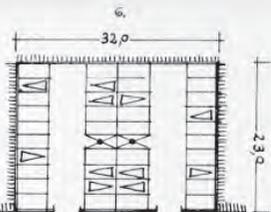


FIGURA 9.

PLANTAS 1 y 2.
Escala: 1/500.

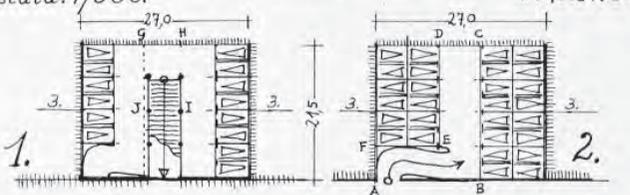


FIGURA 10.

SECCIÓN 3.
Escala: 1/200.

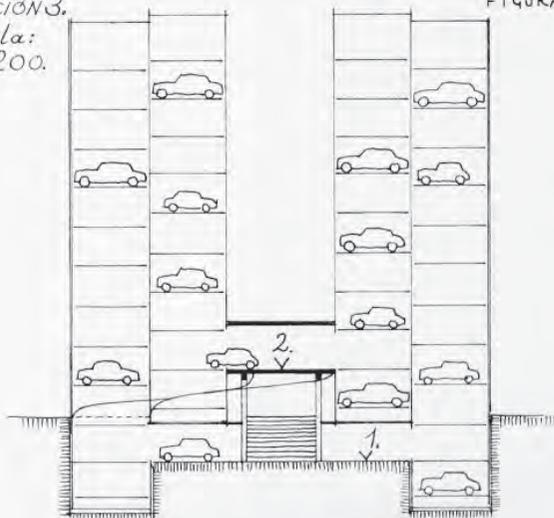
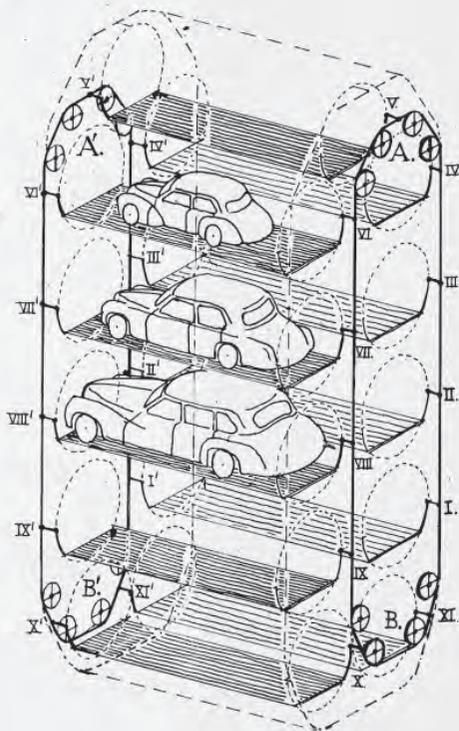


FIGURA 11.

FIGURA 2.
PERSPECTIVA.



El tipo de restauración proyectado está basado en el conocimiento de la arquitectura y en sus sistemas constructivos. En este sentido no deja mucho campo para la interpretación personal, pero su actitud honesta y con oficio imprime un carácter muy personal que nada tiene que ver con los pastiches tan frecuentes en esta época. Quizá el mayor mérito de la obra de Ramiro es la voluntad proyectual y constructiva de armonizar todos los elementos de la intervención sobre el monumento, desde la calle a los detalles interiores de una lámpara o una escalera.

De lo hablado con Ramiro y de lo que se puede observar en sus dibujos y planos, se deduce un método de trabajo sistemático: una vez que le llegaba el encargo, a requerimiento de un párroco o una autoridad eclesiástica, a veces civil, visitaba el lugar y levantaba croquis intencionados junto con fotografías en blanco y negro de pequeños tramos para evitar distorsiones, que luego iría pegando para componer el conjunto. Los croquis los hacía en papel blanco con pluma de tinta azul y estaban acotados, algunos con comentarios constructivos. En su despacho del Ministerio en un tablero, casi vertical, de grandes dimensiones, traspasaba el material de la visita a un papel vegetal con una precisión, detalle y calidad de dibujo, extraordinarias. Dentro de estos planos encontramos los de trabajo, con cotas y descripción de determinados aspectos, y los finalistas con intención compositiva. Un delineante los convertía en planos en formato oficial, también con gran calidad. En realidad este procedimiento era habitual para muchos arquitectos en un momento que todavía el ritmo era más pausado y había más tiempo para el proyecto, quizá porque la gestión no era tan complicada como lo es actualmente. El dibujo no era solo el canal para representar el proyecto sino era sobre todo el instrumento para elaborar la idea y la resolución de la misma hasta en sus más mínimos detalles.

Sirvan estas líneas para animar al desarrollo de una investigación profunda sobre el arquitecto Ramiro Moya y especialmente sobre su labor de restauración. Labor que queda facilitada gracias al programa emprendido hace años por la ETSAM de inventariado, catalogación y difusión de los Legados en su Biblioteca.

< Nuevo dispositivo mecánico para el aparcamiento de automóviles, con Juan Moya Blanco · 1959